

EL ECO DE CARTAGENA.

Viernes 24 de Setiembre de 1880.

OTRO BIENVENGUD.

Pocos pueblos, á la verdad, de los que el arte ó la naturaleza, han hecho fuertes para su propia guarda y defensa, habrán librado, como Cartagena, épocas, tan prolongadas de abandono de fuerzas vivas para la resistencia y repulsion de enemigas acometidas; y en medio de todo, ninguno tampoco más expuesto á ellas. El reinado de la casa de Austria, es una sucesion continuada de indiferentismo y apatia á toda reclamacion de socorro de parte de esta ciudad; mientras los tercios españoles combatian en lejanas tierras sirviendo á locas aventuras, nuestras plazas del litoral se dejaban completamente abiertas, y casi sin defensores á la osadia de turcos y berberiscos, ¿que decimos de defensores? gracias que hubieran estado surtidas de aquellos elementos más indispensables para la defensa; seis cañones, repartidos, el *Aguila*, el *Francés* y el *Serpentino* en el Castillo y otros tres en el baluarte que estaba sobre la puerta del Muelle, era toda la artilleria de estas fortalezas; en el año mil quinientos ochenta y siete. Si la ciudad pedia cañones no se les daba; si arcabuces, se les obligaba á comprarlos de los que el rey tenia en su casa de municiones, y lo mismo estas que las pólvoras; si demandaba soldados se le decía que se defendiera con sus vecinos; si las murallas se derrumbaban, que las levantasen á su costa. Ocasión hubo en que el soberano y el Municipio andaron á la greña por el *Aguila* y el *Serpentino* que cada cual reclama como suyo.

Es verdad que en las de grandes apuros los *Adelantados* del Reino, acudian á nuestra defensa con sus milicias de embrión reclutada atropelladamente en Murcia, Lorca, Totana, y Almazarron; pero no es menos cierto que unas veces llegaban demasiado tarde, y otras más que útil, se hacia gravosa su asistencia, pues desde que entraban en la ciudad, su manutencion corría de cuenta de ella. Salvo que los moros se metiesen en sus escursiones tierra adentro, lo comun y corriente era salir á perseguirlos por parte del mar desde el momento que se acercaban á la costa; y estas funciones tocaba como es consiguiente á los de Cartagena. Así debió comprenderlo en el caso que vamos á relatar el Sr. D. Luis Fajardo, cuando se le envió noticia por medio de un peon de haberse descubierto en Calablanca un bergantin de moros, y que se habia dispuesto que el capitán *Bienvengud* saliera en su persecucion. El adelantado continuó tranquilamente en Murcia en espera del resultado.

Hé aquí los pormenores del suceso. El aviso de la aparicion del buque enemigo lo tuvo el regidor D. Nicolás *Bienvengud* de Lizana por una carta del de la ciudad de Lorca D. Martín Leonés, su pariente, en la cual le decía tambien de que los moros habian cautivado á tres cristianos; y concluyó pidiéndole que de aquí se saliera en su persecucion.

Era D. Nicolás capitán de una de las compañías de milicias de esta ciudad, empleo que se hacia recaer en aquellas per-

sonas de *satisfaccion; práctica y esperiencia en las cosas de la guerra, y que fuesen de valor y calidad*; y él fué el elegido para salir con las tres barcas pescadoras que se mandaron armar á toda prisa. Esto acontecia el último dia del año mil seiscientos diez. Listas las embarcaciones y embarcada la genta de pelea abandonó, D. Nicolás el puerto á la alborada inmediata, cuando las campanas de los templos llamaban á la oracion matutina y la naturaleza despertaba aterida del frio intenso de las noches de Enero, ansiosa de un sol reparador.

Para las gentes de mar, la salida de las barcas era un acontecimiento; por eso madrugaron más que de ordinario, y formadas en corrillos en la playa, cada cual vaticinaba á su placer sobre el resultado de la empresa; quien la consideraba de dudoso éxito por atrevida, mirando á la potencia del bajel enemigo, que era un bergantin de once bancos, y por el temor de que viniera alguno otro en su conserva, y á la debilidad de los nuestros, escasa y malamente armados, como obra de momento; quien vislumbraba ya una victoria más para el vencedor de la torre de *Cope*, que ha poco habia rescatado de la piratería argelina.

Para la poblacion en general, la partida de los expedicionarios era un motivo de angustia y de mortal zozobra; muchas madres y esposas coronaban las alturas de la *Puerta de la Villa*, donde estaban las plazas del *Cantor* y de *Gomera*, agitando sus pañuelos y enviándoles un tierno adios de despedida.

El castillo, y la plaza de la Artilleria cargaban sus cañones, aumentados ya en esta parte con dos, y tres en la del *Cantor*, todos ellos cedidos á la ciudad por el rey D. Felipe III.

Esta esperó ansiosa los avisos de sus guardas de la costa.

El sol del nuevo año lo saludó ya el capitán *Bienvengud* en alta mar, y su luz sirvió para poner al alcance de su vista una nave que demoraba de vuelta de fuera de la costa, circunstancia que lo hizo sospechar fuera la enemiga á quien buscaba; y en su demanda dirigió sus proas, logrando á fuerza de vela y remo salirle al encuentro frente á la cala del *Hornillo*. Era ella.

Ordenado el ataque por el frente y costados, sonó el primer disparo que hizo la capitana de aquella extraña flota; y el pirata se vió encerrado entre la tierra y un semicírculo de fuego que no le dejaba puerta de escape: ó rendirse, ó embestir terrible disyuntiva que no le daba otra eleccion que el modo de caer en nuestro poder!

Fácil es concebir cuanta seria la rabia y enfurecimiento de los moros ante esta triste conviccion; y cuanto tambien el valor de los nuestros para no ceder á la desesperacion el honor de la victoria. Empeñado debió ser el combate: los unos peleaban con el valor de la desesperacion, con su rabia instintiva; los otros con el denuedo que prestan el amor de la patria y la familia amenazadas, la religion y el ideal de una victoria que ya miraban como suya; todos en fin pelearon como buenos; pero el mauritano hubo de rendir una vez más su corva cimitarra ante las banderas de la cruz.

El buque cayó en poder de los nuestros con los diez y siete moros que quedaron con vida, entre los cuales estaba uno que pasaba por el más práctico de esta costa; los

cinco cristianos que habian cautivado, aprovechándose de la confusion de los últimos momentos del combate, echáronse al agua y pudieron ganar á nado la tierra.

De nuestra parte hubo tambien pérdidas dolorosas de vidas que sucumbieron gloriosamente en la pelea, y no pocos heridos. La barca que montaba el capitán *Bienvengud* contaba entre estos últimos á un sargento y tres soldados.

El valiente capitán, despues de haber dado algunas horas de reposo á su gente se dirigió al puerto de las *Aguilas* para dejar en tierra los esclavos, de los cuales, ocho fueron conducidos á Lorca y los restantes á Vera; y á los tres dias dió la vela para este puerto con su presa, gallardeando en lo más alto de sus mástiles las cuatro banderas que le habia tomado.

La noticia del suceso habia llegado mucho antes á Cartagena, produciendo entre sus habitantes el efecto vario que consigo trae toda victoria que se compra con sangre; y mientras los unos lloraban, los otros corrían hacia al muelle en espera de los expedicionarios para victorearles á su llegada.

MANUEL GONZALEZ.

(Se continuará.)

ECOS DE MADRID.

23 de Setiembre de 1880.

Madrid no es ya aquel castillo famoso que aliviaba el miedo al *Rey Moro*; pero es poco menos que la *Jauja* inventada por la pereza sibarita.

Dirán ustedes que exagero, que si hay alegrías no escasean los dolores, que si hay seres afortunados en cambio los hay tambien desgraciadísimos. Cierto ¿pero y que? la carejada del placer apaga el gemido del dolor y el dorado *Champagne* pagado con el fruto del despifarro ó del robo, hace dormir á la conciencia y hasta soñar... de color de rosa.

Todo se reduce á un deseo: gozar.

Que no se puede...? pues no faltaba más! Hay que gozar aun cuando no se pueda. Conozco yo á un doctor que padece una enfermedad del estómago que le impide salir de un régimen frugalísimo. Pero ¿como dejar de asistir á los grandes banquetes á que le invitan? ¿Como renunciar á los ricos vinos, á los salpimentados manjares? El doctor ha inventado un aparato que le permite arrojar cuanto ha sobreado. ¿Y que hace? Apenas termina el banquete, se va á su casa, pone en movimiento el aparato y como si tal cosa.

Este ejemplo tiene infinitos imitadores en el fondo si no en la forma. Tras la ostentacion pública, la miseria íntima, tras la alegría que se vé, el dolor que se oculta, tras la felicidad que deslumbra el crimen buscando en la fuga el medio de librarse del castigo de la ley.

Tres irregularidades, como se di-

ce ahora, han pasado del estado de crisalidas al de mariposa. Una la de mas bulto, ha ocurrido precisamente en la Direccion de Establecimientos penales. Parece que en cualquier centro menos en este podrian cometerse robos. Y sin embargo, un empleado depositario de los fondos destinados á la construcción de la cárcel modelo, ha vivido durante un año con massuelo que el ministro su jefe, el subsecretario y los directores del ministerio en que servia. Pasa de diez mil duros lo que ha podido escamotear y al descubrirse el robo ha conseguido escaparse.

Los que le conocen aseguran que esta crecida cantidad se la ha llevado el juego.

Un recaudador de contribuciones ha desaparecido... con una respetable suma.

Estas mariposas han podido volar; la tercera ha caido en poder de quien seguramente le quitará el vuelo.

Parece mentira; pero es verdad. Durante algunos años ha estado cobrando un caballero, la cesantia de un buen señor á quien representaba y que se murió hace mucho tiempo. El engaño se ha descubierto y á él á cobrar y aprovechado representante la última paga, ha caido en el garlito.

Como hemos convenido en llamar irregularidades á los delitos que se cometen con frac y corbata blanca, cito aparte un ejemplo de gastronomía realizado ayer mismo por un empleado de la casa de la moneda.

Admitido el dia anterior en el establecimiento donde se elaboran las más terribles tentaciones en forma de monedas, se presentó muy temprano á trabajar.

Poco despues se echó de menos un pedazo de oro de dos onzas próximamente.

Mientras lo buscaban, el nuevo operario, anunció que le dolía una muela y que se le habia formado un flemón.

Su actitud despertó sospechas y en efecto se halló en su boca el pedazo de oro.

Habia intentado tragárselo, pero no pudo. Si su exófago es más elástico, se traga poco á poco todo el oro oficial.

Pero estos sucesos, otros muchos de igual indole que paso por alto, el del pobre gallego que al ir á la estacion del Norte para encaminarse á su tierra recibe una paliza y se queda sin mil duros en oro que llevaba; las riñas, los suicidios, los robos, los infelices albañiles que se caen de los andamios, la sentida muerte del joven hijo de los Duques de Medina